

El Tesoro
después
del Agua





“El tesoro después del agua”

©Fundación Proterra, 2020

Sandra Paola Ángel Moreno, 2020

Coautores

María Alejandra Cely Gómez

Mitchel Nicolás Zuluaga Quintero

María José Hernández Gallego

Producción Editorial

Carlos David Quintero, *por ilustraciones*

Andrea Ariza Bravo, *por maquetación*

María Fernanda Romero, *por diseño editorial*

ISBN 978-958-52797-9-7

Depósito legal DD-002568

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, sin autorización de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impreso por *Gurú Publicidad y Diseño*

Calle 64 D #68G-23 - Bogotá - Colombia

www.gurupublicidad.com.co

Impreso en Colombia

Tipografía utilizada: Familia Footlight

Tejedores de Vida: *Una apuesta de educación para la paz y la reconciliación desde las nuevas generaciones.*

Proyecto implementado junto con el Servicio Jesuita a Refugiados-Colombia, La Asociación Colombiana de Colegios Jesuitas-ACODESI y con el apoyo de la Unión Europea en Colombia.



El Tesoro después del Agua

Eran casi las doce del mediodía, caminaba a paso lento mientras encontraba algún refugio para la lluvia anunciada por las nubes espesas que se posaban sobre la montaña. En días como ese, sentía que el gris había logrado consumir la sabana que se imponía ante mis ojos, y que el paisaje de techos de barro, muros de colores recién pintados y ladrillos terracota sobre el suelo, eran solo una artimaña para huirle al paso del tiempo y distraer la decadencia que el cemento había traído consigo. Me preguntaba una y otra vez qué sería de esta ciudad si lográbamos rescatarla del asfalto, pues parecía apoderarse de todo a medida que pasaba el tiempo.

Recordé la historia de la abuela sobre el llanto de la ciudad, que no era llanto sino lluvia, pero que se parecía al del río que se desbordaba sobre la Avenida Jiménez, reclamando haber sido olvidado bajo tierra.

-“¿A qué Santo le harían eso?” Decía indignada. “San Francisco también es sagrado, pero eso a nadie le importó para canalizarlo después de habernos aprovechado de sus aguas y asesinarlo de a pocos durante años”- añadía ella.

-Pasaron por encima del río, y seguramente, muy pocos de lo que hoy caminan por aquí conocen la verdadera historia del río San Francisco, antes llamado Vicachá por los Muisca. “El agua tiene más memoria que nosotros, Sí; a ella no se le olvida lo que le hicieron los humanos”- Me

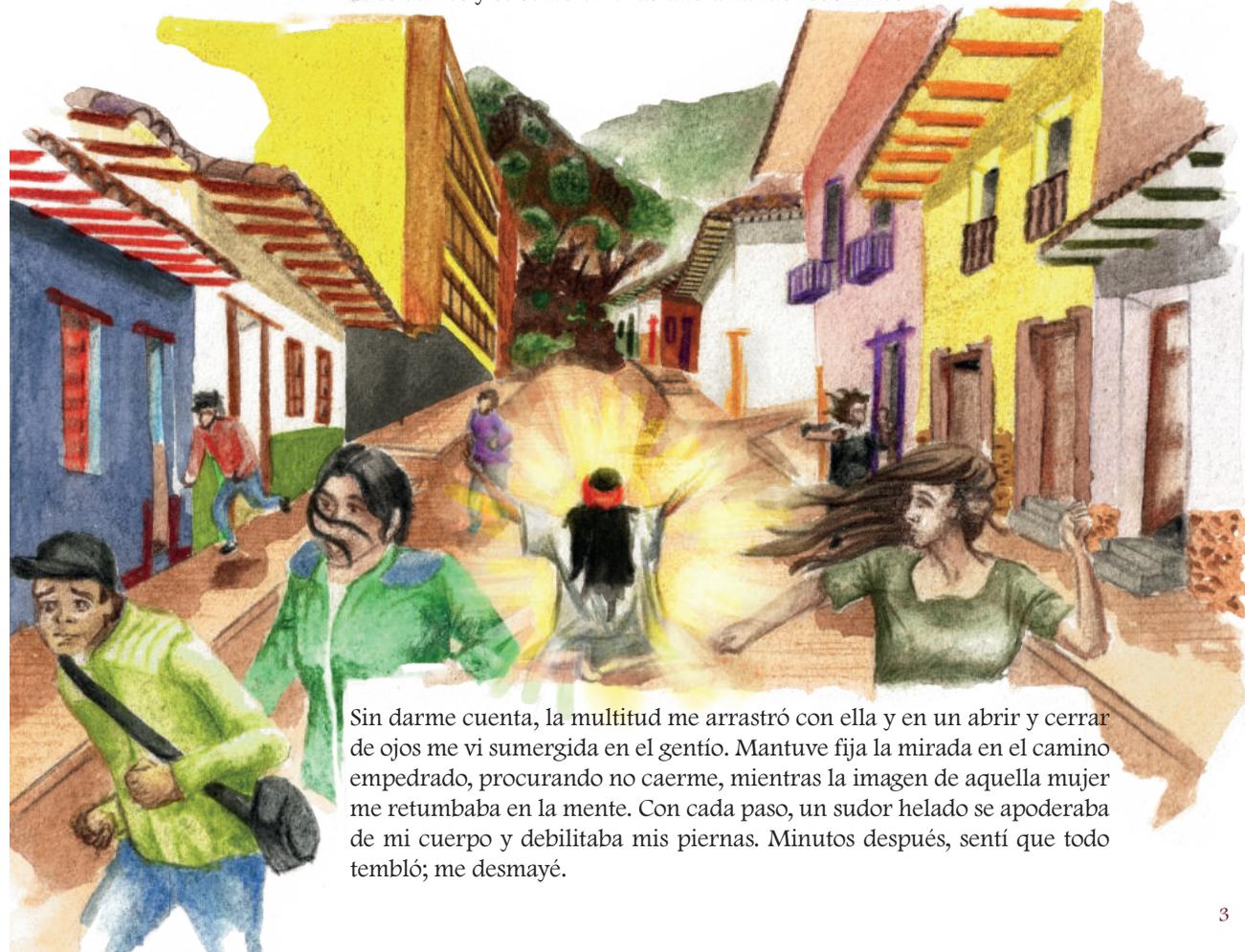
recalcaba siempre, por eso me pusieron este nombre que recuerda a la diosa Muisca del Agua: Sie, para que no olvidara.

Me percaté de que todos los lugares estaban cerrados y encontrar refugio parecía un imposible. Empezó a oscurecer y ráfagas de viento frío descendieron de la montaña anunciando la lluvia, apuré el paso para llegar al menos a un techo que me resguardara. Empezaron a caer las primeras gotas, gruesas y abultadas, sería un aguacero torrencial. Divisé un edificio con el techo sobresaliente a la entrada y me dirigí rápidamente hacia él, cuando de repente sonó un estallido seco y fulminante.

Tan pronto escuché el estruendo, un vacío se apoderó de mi cuerpo, estremeciéndome. Cerré los ojos y apreté las manos hasta que me dolieron, intentando calmar mi respiración. Esperé a que llegara el silencio para comprender de dónde provenía aquel ruido, pero la fuerza con la que latía mi corazón se tornaba ensordecedora. Escuchaba una a una sus palpitations, acompañadas de una bocanada de calor que me inundaba toda, dejándome perpleja. Un fuerte dolor en el pecho me advertía, intuitivamente, que sólo la montaña podía haber rugido así, pero mirar hacia atrás me producía terror. Vi un gran tropel de gente corriendo por las calles empinadas mientras gritaban “¡La Loma se vino abajo!”

En ese instante, el tiempo se detuvo y yo me quedé perpleja viendo los rostros de pánico de quienes descendían por la pendiente, huyendo de la mismísima muerte. Me volteé y confirmé con mis propios ojos que el cerro se estaba desplomando. Los árboles se venían abajo uno tras de otro y una oleada de arena arrasaba en segundos con el bosque. En medio del caos, venía una mujer mayor caminando despacio con una expresión de tranquilidad que me resultó aterradora. Llevaba su pelo blanco suelto y una balaca de hilos atada a la cabeza, un atuendo largo de color blanco, una ruana y una mochila al hombro. Su mirada y la mía se cruzaron y

ella me sonrió sutilmente. Apartó sus ojos de mí, se dio la vuelta mirando a los cerros y se sentó en el asfalto alzando los brazos.



Sin darme cuenta, la multitud me arrastró con ella y en un abrir y cerrar de ojos me vi sumergida en el gentío. Mantuve fija la mirada en el camino empedrado, procurando no caerme, mientras la imagen de aquella mujer me retumbaba en la mente. Con cada paso, un sudor helado se apoderaba de mi cuerpo y debilitaba mis piernas. Minutos después, sentí que todo tembló; me desmayé.

Cuando abrí los ojos, estaba pasmada frente a mi abuela exactamente en el mismo lugar en donde habíamos estado juntas una semana antes del derrumbe. Caminábamos por la Plaza de Bolívar bajo un sol picante que quemaba la piel, a eso de las doce del mediodía. Mi abuela alimentaba a las palomas que corrían en todas las direcciones de la plaza en medio del humo que emanaban algunos carros de comida y bebidas exóticas, cuyo olor se nos impregnaba en la ropa.

-¿Qué te pasa? - preguntó ella angustiada, mientras me miraba fijamente.

-No lo sé. Siento que ya viví todo esto Abuela. Pensé que la loma me había devorado en un derrumbe - dije sintiéndome absolutamente desorientada.

-¿Cómo así, hija? ¿De qué me está hablando? - dijo ella confundida.

La abuela Horacia era la persona en la que más confiaba en el mundo. Desde que el abuelo murió, se fue a vivir con nosotros y nos hicimos las mejores amigas. Mi madre solía decir que ella me alcahueteara todo, y que por eso nos llevábamos tan bien. Pero en realidad, lo que ocurría era que amaba escuchar sus historias. A sus 80 años, su memoria permanecía intacta, y con ella, la magia de cada detalle, la intensidad de cada recuerdo y la emoción en cada palabra. Conocía Bogotá mejor que nadie, pues sabía su historia de memoria y la había caminado de punta a punta.

Me había contado sus historias tantas veces, que ya casi me las había aprendido. Era una mujer llena de ternura y sabiduría, también de nostalgias, seguramente porque vivió en una ciudad que ninguno de nosotros imagina, porque extraña al abuelo y porque, según ella, la gente dejó de creer. No en vírgenes ni en santos, sino en el poder de sí mismos

para crear otros mundos y cambiar el que les tocó. Y para eso, hay que creer también en la magia, en lo indescifrable y en lo que escapa del poder de la razón que todo lo quiere dominar. Por eso, estaba segura de que le podía contar lo que me había pasado minutos atrás, pues no hallaba explicación alguna para entenderlo.

- Abuelita, esto yo ya lo viví. Este paseo con usted, el regreso a casa en la tarde, el regalito que me tenía guardado debajo de la almohada con sus recuerdos de niña, y todo lo que vino después de esto, hasta que la loma se vino abajo. Es como si me hubiese devuelto en el tiempo. Estaba caminando por la Jiménez buscando refugio para el aguacero que empezaba a caer, cuando de repente sonó un estallido horrible y la gente empezó a correr. Todos a cepción de una mujer mayor, que parecía indígena. Ella me miró, sonrió y se dio la vuelta mirando a la montaña. Lo siguiente que pasó fue que tropecé y caí ¡Y volví aquí con usted! - dije exaltada.

Ella se quedó mirándome fijamente y guardó silencio por un par de minutos. Tenía una expresión indescifrable que jamás le había visto. Parecía desconcertada, asustada y preocupada también. Puso su mano en mi hombro, intentando calmarme y me preguntó:

- ¿Cómo era aquella mujer que mencionas, Sie? -

- Era una mujer de piel morena, estatura promedio, cabello blanco, largo y liso. Llevaba atada a la cabeza lo que parecía ser una balaca tejida en hilos de color rojo, y vestía una túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos, debajo de una ruana. Recuerdo también que llevaba una mochila y algunos colgantes que no alcancé a ver por la distancia. Sin duda, parecía ser una mujer indígena - contesté yo contrariada ¿Qué importancia tenía

para mi abuela esa mujer después de escuchar lo que le estaba contando? Pensé.

- Blanca Nieves - dijo ensimismada, hablando para sus adentros.

- ¿De qué hablas abuela? - le pregunté confundida.

- Síe, lo que viste va a ocurrir de verdad y si regresaste aquí, es porque puedes evitarlo. Cuando alguien regresa en el tiempo y vuelve a vivir lo vivido, adquiere un poder que sólo tiene el agua, cuyo tiempo es cíclico e infinito. Ella contiene pasado, presente y futuro al mismo tiempo en su cuerpo. El agua tiene memoria y cada que viaja, se lleva un pedazo de historia, pero anuncia nueva vida llegando. Así que, probablemente, ahora tienes el poder de moverte entre esos tres tiempos. Sé que debes estar pensando que esto es una locura y tal vez te cueste creer lo que te digo. Pero la crisis de esta ciudad es una bomba de tiempo. Seguro la montaña no aguantó más y se vino abajo para recuperar lo que le quitamos. Es la única forma en que la gente escucha a la naturaleza, con tragedias. De resto, piensan que es una cosa sin vida que está a la merced de sus fábricas. Tal vez ya sea demasiado tarde. Pero si el Espíritu de la Tierra te trajo de vuelta, debe ser por algo - dijo ella con firmeza.

- Confío en ti Abuela. Siempre lo he hecho. Pero... ¿Qué haremos entonces? - dije decidida a hacer lo que fuese necesario para impedirlo.

- Debemos contactarnos con un par de personas y averiguar lo que está pasando. Una de ellas, es esa mujer -

-Pero... ¿Qué estás diciendo abuela? ¿Dónde vamos a encontrarla? - pregunté confundida.

- La conozco desde joven, su nombre es Blanca Nieves. Es una abuela Muisca que vive en Suba y ha estado trabajando mucho tiempo aquí en la ciudad con asuntos que, en su momento te contaré. Lo importante es empezar a movernos ahora, pues no hay tiempo que perder.

-Por cierto ¿Cuánto pasó para que llegara aquel día? - preguntó inquieta.

- Una semana. Fue el día después de tu cumpleaños - respondí abrumada, pues todo lo que estaba ocurriendo me parecía sacado de un cuento.

La abuela me había hablado un par de veces de los Muiscas, sobre todo cuando me contó la historia de Kennedy, antes llamada Techo por ellos, los primeros habitantes de esta ciudad. Pero nunca había mencionado a Blanca Nieves, lo cual me resultó muy extraño, pues Horacia no era una mujer de secretos.

- Hay muchas cosas que no te he contado para mantenerte a salvo, pero creo que es momento de que las conozcas. Primero visitaremos a una vieja amiga. Tal vez ella tenga una pista que nos ayude a comprender qué está pasando. Caminemos hasta Fátima y esperemos que nos pueda servir hablar con ella - sugirió.

- ¿Hablas de esa vereda que queda arriba de la circunvalar? - pregunté.

- Esa misma hija - No estamos muy lejos repuso ella mientras caminaba con lentitud.

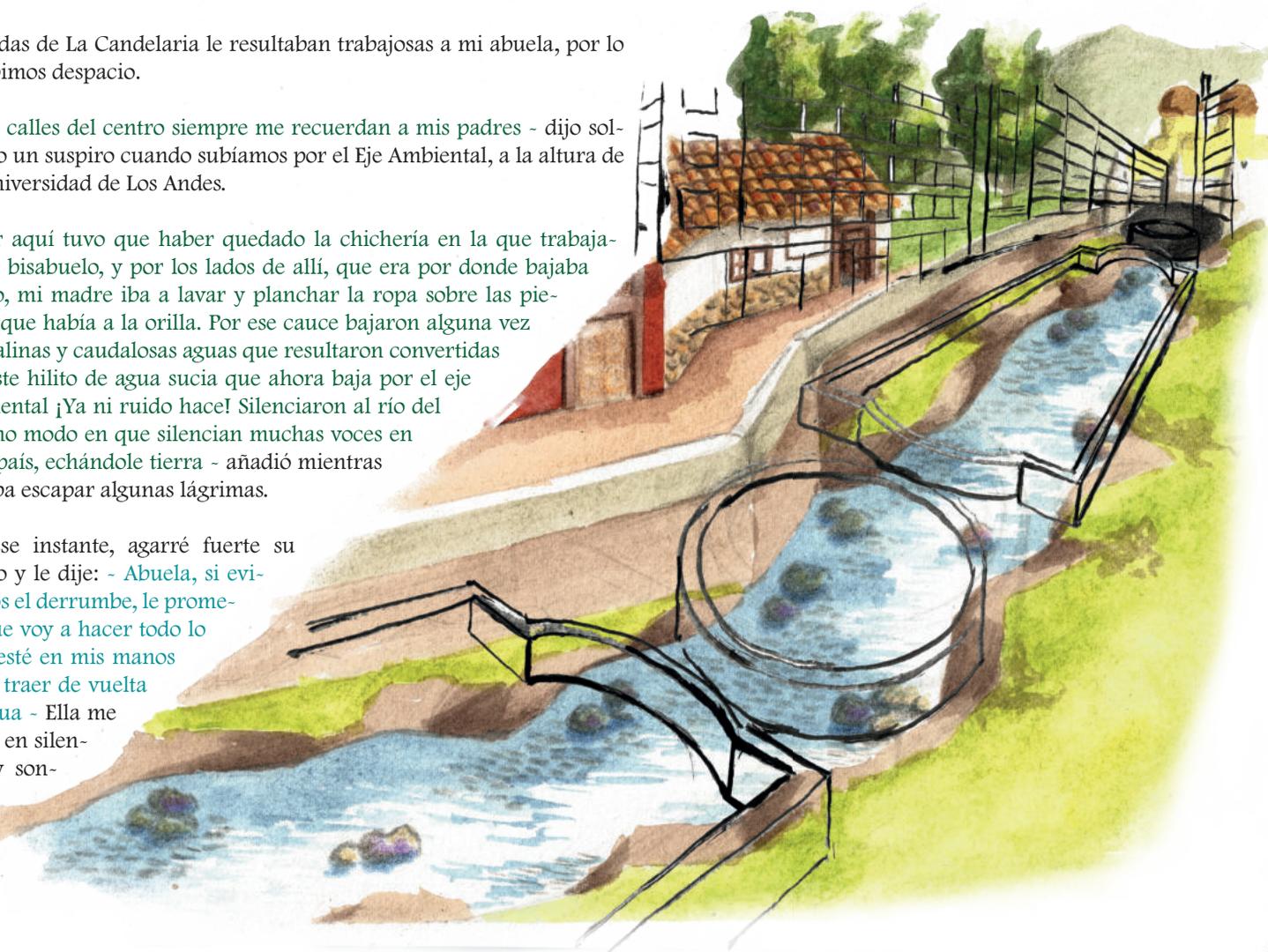
Empezamos a caminar en silencio entre la multitud hacia los cerros para tomar la circunvalar hacia el sur y encontrarnos con la vereda. Las calles

empinadas de La Candelaria le resultaban trabajosas a mi abuela, por lo que subimos despacio.

- Las calles del centro siempre me recuerdan a mis padres - dijo soltando un suspiro cuando subíamos por el Eje Ambiental, a la altura de la Universidad de Los Andes.

- Por aquí tuvo que haber quedado la chichería en la que trabajaba el bisabuelo, y por los lados de allí, que era por donde bajaba el río, mi madre iba a lavar y planchar la ropa sobre las piedras que había a la orilla. Por ese cauce bajaron alguna vez cristalinas y caudalosas aguas que resultaron convertidas en este hilito de agua sucia que ahora baja por el eje ambiental ¡Ya ni ruido hace! Silenciaron al río del mismo modo en que silencian muchas voces en este país, echándole tierra - añadió mientras dejaba escapar algunas lágrimas.

En ese instante, agarré fuerte su mano y le dije: - **Abuela, si evitamos el derrumbe, le prometo que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para traer de vuelta el agua** - Ella me miró en silencio y sonrió.



- Sí, he venido pensando y creo que ese derrumbe fue una señal de que algo muy grave está ocurriendo. Si Blanca Nieves era la mujer que viste y estaba viendo directamente a los cerros, sin moverse, tal vez ella ya sabía que iba a ocurrir - dijo mi abuela, fatigada.

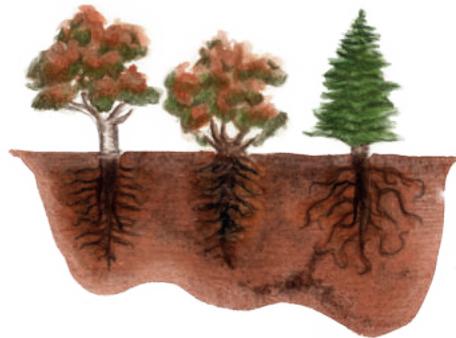
- ¿Entonces, no crees que puede haber alguien detrás de ese hecho? Ya suficientes catástrofes han sido ocasionadas por los humanos. No me extrañaría que esa fuera otra de ellas - repuse desconfiada.

- No lo sé, ya lo averiguaremos - señaló ella.

Seguimos caminando y a medida que nos acercábamos a la montaña, la imagen de los Cerros Orientales se hacía más imponente, a pesar del bosque que lo colonizó con un verde opaco y uniforme, por lo que era imposible no pensar en aquella escena del derrumbe. Lograba visualizarla a la perfección y sentía cómo se me erizaba la piel, reviviendo el miedo de aquel instante.

Intentaba encontrar algún detalle que pudiera convertirse en una pista de lo que había ocurrido, pues intuía que alguien había estado involucrado en ello.

Sin recordar ningún elemento adicional, admiré la imagen delante de mí y sentí tristeza, pues aunque los bogotanos miran todo el tiempo a la montaña para ubicarse, los Cerros permanecen invisibles para la mayoría, a pesar de su grandeza. Desconocen lo que hay en ellos y la importancia de su existencia para la vida, pues de allí nacen y bajan las vertientes que nutren los cuerpos de agua de la capital, sin contar con los animales que aún sobreviven entre sus bosques; ardillas, chuchas, curies, comadreas, zorros, tigrillos, reptiles y aves que esporádicamente se dejan ver entre la flora abundante que ha recubierto el paisaje luego de que declararan Reserva el Cerro Guadalupe y empezaran a reforestarlo. Tángaras, mirlas, lechuzas, gavilanes pajareros, pavas, lagartos y escurridizas ranas que han resistido a siglos enteros de tala y construcción. Todas esas formas de vida han sido excluidas de la vida urbana.



Los cerros sólo importaron cuando sus árboles fueron el combustible de una industria maderera que le dio forma a las enormes molduras de las puertas del centro histórico, que ahora habla con nostalgia de los sauces, alisos, arrayanes, nogales y encenillos que alguna vez formaron el colorido bosque nativo de las montañas bogotanas, colonizadas y transformadas tras la llegada del eucalipto, el pino y las acacias. La vida que fue venerada por los

Muiscas, se convirtió tras la colonia en objeto: puerta, silla o ventana. El símbolo sagrado de encuentro, protección y sabiduría para otros pueblos había quedado reducido a materia prima para estas industrias que nada sabían de santuarios.

- No sé qué sería de la ciudad si este cerro no hubiera sido declarado reserva, mija - dijo ella con la respiración agitada tras la subida.

Creo que habríamos tenido que irnos a otro lado. Para principios de 1900, la deforestación ya era impresionante y se sentía la falta de agua, según me contaba mi madre, pero sólo hasta los 70 declararon la importancia de conservar este lugar para la supervivencia de la ciudad. Así de tarde le llegó nuestro “progreso” a la naturaleza - añadió con ironía.

- Las zonas de reserva son lo más cercano a los “santuarios” que tenían los Muiscas. La diferencia es que ellos entendieron, mucho mejor que nosotros, que cuidar el agua no sólo era cuidar los nacedores de las enormes vertientes que conforman las cuencas del *Fucha*, el *Tunjuelo*, el *Teusacá*, el *Juan Amarillo* y el *Torca*, que atraviesan la ciudad hasta desembocar en aquel río que hoy fluye más muerto que vivo, sino que también exigía hacer la vida junto al agua, convivir con ella y darle un lugar en la ciudad. Decían ellos que las aguas de un territorio son el reflejo de lo que somos como sociedad. ¡Vaya razón que tenían! - exclamó.

- Es como si a la ciudad sólo le importara el agua por el problema de abastecimiento, no por la vida que lleva con ella. La ven sólo como un recurso. ¿Cuántas formas de vida dependen de ella además de nosotros? Somos tan egoístas, abuela. ¿Recuerdas cuando fuimos al sendero del río Vicachá y me contabas sobre las inundaciones en *San Victorino*

por su desbordamiento, después de que lo canalizaron? - comenté indignada.

- ¡Claro, eso era terrible! El agua llegaba casi hasta la ventanilla del bus cuando uno bajaba por ahí. Se desbordaba siempre que llovía. El *San Francisco* era el río más caudaloso de la ciudad ¿Puedes creer? Las lavanderas se hacían en sus orillas y las aguateras recogían el agua para llevarla a donde no llegaba el acueducto en ese tiempo - exclamó.

- No me explico cómo prefirieron meterlo debajo del cemento después de verlo así de contaminado, en vez de crear una forma de cuidarlo y convivir con él. Pero no, en esta ciudad siempre ha sido más fácil darle la espalda al agua y seguir modernizando todo a punta de cemento. ¿No es acaso más civilizado aprender a vivir con la naturaleza sin acabarla, que tatarla a punta de escombros para construir encima de ella?- dijo con enojo.

- ¿Por qué será que el agua y los cerros le importan tan poco a los bogotanos, Abuela? -

- No podemos generalizar, Sie. Hay gente que daría su vida por estas montañas. Pero yo creo que a la mayoría no le importan porque no sabe que el agua y la montaña son como hermanas y que si acabamos la montaña, nos quedamos sequitos. Además, *Bogotá* es una ciudad sin memoria. No tienen idea de que la montaña solía ser sagrada. Antiguamente, antes de la llegada de los españoles, los cerros eran lugares de adoración para los Muiscas. Tenían santuarios en donde rendían culto al Sol, al Agua, la Luna y a los Árboles, pues conocían su importancia para la vida. Me pregunto si basta con recobrar la memoria para entender el valor de lo sagrado e impedir que la montaña se venga abajo cobrando lo suyo - comentó ella.

Cuando me di cuenta, ya habíamos llegado. Dejábamos detrás la sabana de cemento cubierta con una nube gris de polución para sentirnos recogidas en el bosque que se abría paso y nos recibía. Faltaba poco para llegar a la subida que conducía a Fátima y ya empezábamos a sentir el cansancio.

Antes de que pudiera decir algo, apareció una mujer campesina que bajaba desde una casa pequeña que se divisaba en lo alto de aquella montaña. Vestía un pantalón gris holgado y unas botas de caucho, una camisa oscura y una gorra para protegerse del sol tan fuerte que seguía haciendo a esa hora.

- ¡Horacia! - gritó ella con una enorme sonrisa.

- ¡Gladys! - respondió mi abuela emocionada.



- Qué grata sorpresa, ha pasado mucho tiempo sin vernos. Horacia, a usted los años no le pasan definitivamente. Tan regia como siempre - dijo entre risas. - Ella debe ser su nieta ¿Cierto? - añadió mirándome a los ojos.

- Así es. Mi nombre es Sie - respondí mientras le daba un apretón de manos a Gladys.

- Encantada de conocerla, hija. Su abuela siempre me habló de usted. Tienen la misma mirada. ¡Sigán! Están en su casa - dijo mientras señalaba toda la montaña.

Subimos por un camino rocoso y cubierto por techos boscosos hasta llegar a su casa, una sencilla construcción de ladrillo custodiada por animales silvestres que corrían en completa libertad por un terreno plano enorme. Me parecía increíble encontrarme en este santuario natural tan cerca de la gran urbe, cuya presencia daba siempre la espalda a este lugar. Nos sentamos en unos tronquitos que había en el patio y doña Gladys nos ofreció un tinto para conversar.

- ¡Qué lindo lugar, doña Gladys! - comenté.

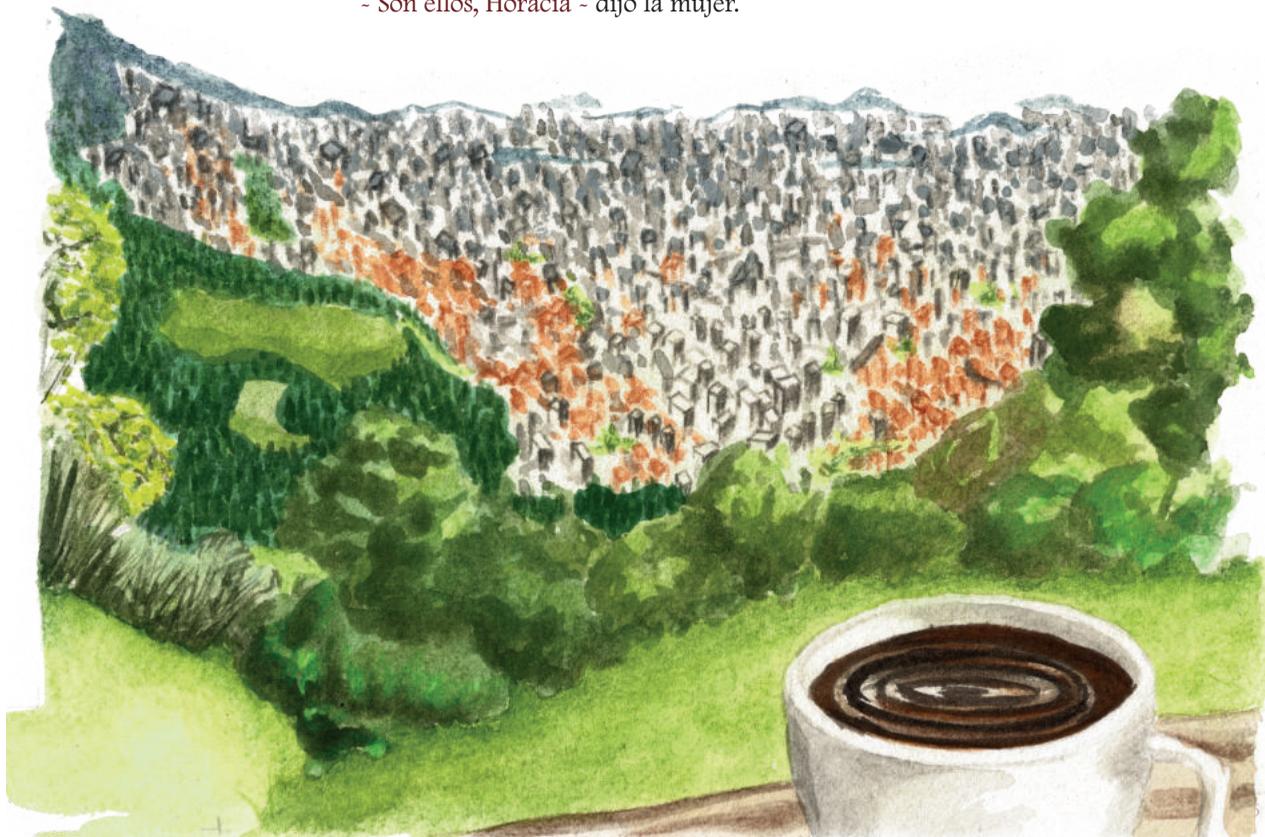
- Muchas gracias, hija. Aquí intento construir el bosque de mis sueños, cerquita a esa gran urbe a la que igual le guardo cariño - respondió ella. - Cuéntenme ¿Qué las trae por aquí? - preguntó intrigada.

- Me temo que necesitamos su ayuda, Gladicita - expresó mi abuela.

- Algo muy grave está por ocurrir. Mucho antes de lo que pensábamos -

Inmediatamente, le contó lo ocurrido y ella me hizo algunas preguntas sobre lo que había visto en el momento en que la montaña se vino abajo. Cuando terminé de narrar la historia, la mujer quedó estupefacta. Su piel mestiza se tornó pálida y el pocillo de tinto que sostenía en sus manos empezó a temblar descontroladamente.

- Son ellos, Horacia - dijo la mujer.



En ese instante, mi abuela y doña Gladys cruzaron una mirada que me causó pánico, pues ambas supieron exactamente de qué se trataba. Había temor y mucha angustia en sus ojos. Hubo unos minutos de silencio y en ese momento una nube gris se posó sobre la montaña. Pronto empezaría a llover. Había que darnos prisa.

- Los hombres de piedra - añadió Gladys.

- Perdón, sumercé ¿De qué está hablando? - pregunté confundida.

- Las constructoras, hija. Así solemos decirles a esas empresas de rostros duros e impenetrables que todo lo quieren rellenar de cemento para su propio beneficio. Los que hacen el “desarrollo” a punta de columnas de concreto, nos racionan el aire y nos vulneran el derecho a respirar. Llevan tiempo con el ojo puesto en este cerro y han movido todas sus influencias para sacarnos de aquí, pero no han podido. Han estado merodeando últimamente por acá. Dicen que somos una amenaza para la montaña. Pero en realidad sus máquinas son la única amenaza para Guadalupe y todos los Cerros Orientales. Sus suelos y sus venas corren peligro por las construcciones que talan todo a su paso y por la minería que saca arena y arcilla- dijo doña Gladys con tristeza en su voz.

- ¿Es que acaso los humanos son incapaces de vivir en una zona de Reserva sin destruirla? La gente de Fátima les demostramos que sí. Que aquí se puede vivir con el bosque y co-evolucionar junto a la montaña. Lo que pasa que como no tenemos papeles, supuestamente estamos de ilegales, a pesar de las tres generaciones que han vivido aquí. Eso les ha bastado para estar encima nuestro -

- ¿Y qué es lo que buscan? - le pregunté inquieta por la relación entre las constructoras y el derrumbe que yo había presenciado horas atrás.

Ella se levantó bruscamente y se dirigió al interior de la casa y buscó desesperadamente entre sus pertenencias, por lo que pude escuchar. Regresó con un viejo cofre de madera entre las manos, que tenía una inscripción en pintura blanca que a penas se lograba entender: “Santa Fe”, decía.

- Verán, mi familia llegó a esta vereda por allá en 1915, después de que los desplazaran del barrio *San Luis* y de todo el saneamiento del Paseo Bolívar. Sacaron a la brava a un montón de gente pobre porque había mucha enfermedad por las condiciones del agua, y porque querían modernizar el centro. En ese tiempo, el abuelo era muy amigo de un señor que decía tener antepasados Muisca, y cuando tuvo que entregar el lote, aquel señor le entregó este cofre y le dijo que lo guardara como si de ello dependiera su propia vida. El no sabía leer ni escribir muy bien, pero se dio cuenta de que eran unos mapas de la ciudad, para ese entonces mucho más pequeña que ahora. Junto a estas hermosas tierras, esto ha sido nuestra única herencia familiar - dijo Gladys mientras abría cuidadosamente el cofre y extendía los mapas sobre una mesa.



- Son de 1.800, así que ya están bien viejitos. Hay que tratarlos con cuidado. Contienen los planos del agua de Bogotá. Un número incalculable de vías subterráneas que conectan los cerros con el Río Bogotá. Muchas de ellas ya no existen, pues se han ido secando con el tiempo, si es que no fueron desviadas por el cemento. Pero está construido para intentar comprender cómo funcionaban las venas de la ciudad - prosiguió doña Gladys. - Es esto lo que buscan-

- Pero... ¿Qué diferencia estos mapas de aquellos planos actuales que también trazan la geografía del agua por toda la ciudad? - indagué yo.

- Quienes dibujaron estos mapas fueron grandes intelectuales que trabajaron para el gobierno en el reconocimiento de la ciudad de la época. Para 1888, se inauguró el gran Acueducto de Hierro, el primero de la ciudad. Todas las tuberías municipales se estructuraron con base a los mapas que ellos trazaron, sin embargo, decidieron quedarse con una versión inédita en la que se halla la ubicación de un viejo tesoro muisca que yace bajo el agua y que todos los gUAQUEROS han buscado durante décadas - respondió mi abuela. - Todos los mapas que hoy conocemos se construyeron sobre la base del plano que ellos entregaron - añadió.

En ese momento entendí por qué esa información me ponía en peligro, tal como había sugerido la abuela antes.

- Si la loma se vino abajo es porque probablemente encontraron el tesoro y de paso, la forma de drenar el agua que queda bajo tierra para seguir construyendo. ¡Por eso se les vino encima! La montaña es sabia y no iba a permitir que lo lograran, así eso significara acabar con la ciudad entera - exclamó con preocupación doña Gladys.

- Hay que encontrarlo cuanto antes y protegerlo de esos seres, pues en ese tesoro está el secreto de la vida del agua. Definitivamente deben ir con Blanca Nieves y mostrarle este mapa, probablemente ella sepa dónde encontrarlo, es nuestra única esperanza - sugirió con firmeza.

- Hay que contactar a Los Caminantes, Gladys. Sie necesita alguien que la acompañe y la cuide en la búsqueda y que conozca tanto esta ciudad como usted o como yo - sugirió mi abuela.

- ¿Los Caminantes? - pregunté.

- Un grupo de hombres y mujeres liderados por una joven guardiana de ojos dulces - repuso mi abuela - Hablan el lenguaje de la montaña y conocen esta ciudad como pocos, serán una compañía perfecta, Sie - afirmó.

- Así será. Igual yo estaré pendiente de ustedes - afirmó doña Gladys.
- No es por echarlas, pero es hora de que partan, no demora en empezar a llover. Llévense los mapas - comentó amablemente - Cuidense mucho, por favor. La inseguridad está terrible por estos días-.

- Muchas gracias, Gladys. Amor profundo para usted y para la montaña - dijo mi abuela despidiéndose.

Echamos a andar hacia abajo, presenciando uno de los atardeceres más bellos que jamás haya visto. Un color rosado con matices anaranjados delineaba la silueta de las nubes que se posaban sobre la Torre Colpatria y los edificios más altos del centro.

A lo lejos, un cielo despejado inspiraba la paz apremiante que mi abuela y yo necesitábamos en este momento. Pasadas las seis de la tarde, logramos

tomar el bus hacia casa. Kennedy estaba a unos cuarenta minutos de trayecto, así que decidí romper el silencio y alivianar un poco la tensión que sentíamos en el momento.

- Que esta urbe sea tan caótica no quiere decir que no le quede belleza. ¿No te parece, abuelita? - dije sonriente.

- Bogotá es muy bella, hija. Una ciudad de muchos contrastes, sin duda. A veces siento que nos pide a gritos que la reinventemos, si es que somos capaces de reinventarnos a nosotros mismos primero. Vaya Dios a saber si lo logramos- respondió.

- La historia de Bogotá está hecha de memorias de despojo y de olvido. Pero para hacerlo, primero hay que recordar quiénes fuimos y tener claro lo que deseamos ser. Hacer memoria no sólo implica viajar al pasado, sino también, imaginar futuros que así parezcan utopías, estamos dispuestos a caminar - añadió con un tono de cansancio mientras cerraba los ojos, dispuesta a dormir durante el viaje.

En el camino, mientras el bus saltaba entre calles deterioradas por el paso del tiempo, pensé que tantos huecos podrían ser el grito del agua jalando hacia abajo para poder salir, después de tanto tiempo presa.

Me reí de mis propias ideas y empecé a ver por la ventana. El paisaje iba cambiando poco a poco y se tornaba más gris con el andar. Las hojas de los pocos árboles que se veían en el camino estaban cubiertas de polvo y habían perdido, a causa de la polución, el verde radiante que alguna vez tuvieron. Las nubes que anunciaban el aguacero también cargaban consigo una historia de contaminación que se había adherido al aire, haciéndolo más denso y sucio.

Enormes filas de edificios con pequeñas ventanas en pálidas paredes se imponían a la vista y me recordaban la historia de estas tierras, que no siempre fueron así.



Antes de la llegada de los hombres de piedra, como los llama doña Gladys, los primeros migrantes exiliados de otras tierras por la guerra, llegaron a este lugar buscando cómo vivir entre potreros olvidados. Así fue como surgieron los primeros barrios obreros, a punta de la autogestión de sus habitantes que alzaron sus viviendas a mano propia. Surgieron *Carvajal, Provivienda, Britalia, Patio Bonito, Castilla, San Javier* y otros barrios que empezaron a sufrir con el tiempo los estragos de las bastas inundaciones, producto del rugido silencioso del agua queriendo recobrar el territorio sobre el que aquellas casas se habían construido a punta de rellenar humedales.

Kennedy es una de las localidades más grandes y pobladas de la ciudad. Pero infortunadamente, también es una de las más contaminadas. El agua, el aire y la tierra de la antigua Techo, perteneciente a una comunidad indígena liderada por el Cacique Techotiba, se habían profanado para la construcción de vías, fábricas y viviendas sin ninguna lógica de planeación verdaderamente racional y cuidadosa ¿Por qué siempre que pensamos que lo que nos hace más humanos es la razón, cuando es ella la que ha destruido la naturaleza? ¿Es acaso arrasar con la vida lo que hace excepcional nuestra razón? Yo me rehúso a creer que es así.



Y tampoco creo que aquellos seres migrantes fueran los culpables del relleno de los humedales, ni de los síntomas de contaminación desmedida que Kennedy empezó a sufrir con los años. Aquí el culpable ha sido el olvido y una forma de control y organización del espacio que no ha variado mucho desde la colonia: encomenderos, hacendados, urbanizadores piratas y constructoras han cumplido siempre la misma función, y sus intereses tampoco es que hayan variado mucho. Los nombres de los propietarios y los territorios cambiaron, pero parecía que el tiempo se hubiese detenido.

-Ya casi llegamos, despierta abuelita- le dije a Horacia mientras ponía mi mano en su hombro. Ella abrió suavemente sus ojos y se asomó por la ventana.

-Ver todo esto me da mucha nostalgia, Sie -dijo mientras se reincorporaba. -Recuerdos maravillosos de mi infancia se vienen a mi mente. Todo esto eran potreros a donde íbamos a elevar cometa cuando era niña. Aunque también fueron épocas muy duras, hija.

-¿Por qué lo dices? -pregunté con curiosidad.

-Nosotros éramos muy pobres. Vivíamos con su abuelo por allá en La Fragua y tuvimos la oportunidad de venir a vivir al nuevo barrio que iban a construir tras la venida de un presidente gringo. Pero eso no fue así tan fácil, ni tan gratis como lo pintaron. Tocó ir a echar pico y pala a la construcción para hacer nuestra propia casa. Todos los fines de semana él venía a trabajar y yo a traerle el almuerquito con sus tíos cargados al hombro. Cuando nos la entregaron, estaba todita en obra negra. Sin servicios ni nada. Hasta un año después pusieron el agua ¡Imagínese! - dijo desconcertada.

-Luego nos cobraron una cuota por el lote y nos tocó endeudarnos para pagarla y para poner bonita la casa. Ahí fue cuando le pusieron *Kennedy* a toda esa ciudadela y luego a la localidad, por el nombre del presidente que la había inaugurado- añadió.



-Esa y todas las urbanizaciones que había por el momento contaminaron mucho los humedales de la zona y sufrieron inundaciones. ¡Pero es que la gente ni sabía qué era un humedal! Y eso al Estado ni le interesaba. Las aguas negras caían directamente en ellos y el alcantarillado era una cosa muy fea, eso se devolvían las aguas y todo. ¡Eso era una locura!-

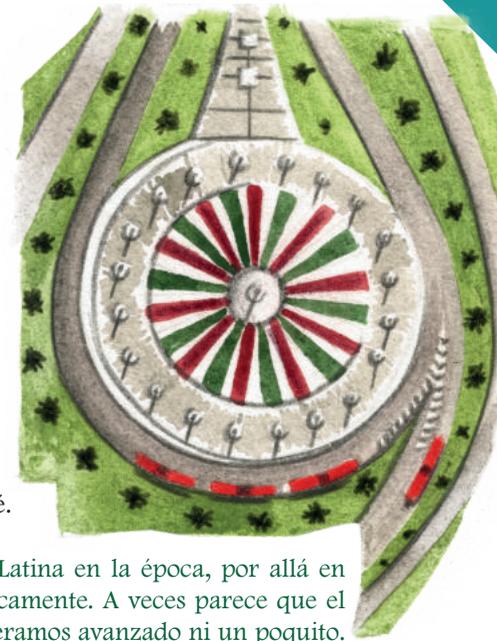
-¡Mira abuelita! ¡Las diosas! - interrumpí, señalando mi monumento favorito.

-Ay hija, ese monumento sí que es bonito. Aunque nunca lo inauguraron ¿Si le conté? El Bogotazo se adelantó a la celebración en medio de la Conferencia Panamericana y todo eso quedó olvidado. Tal vez por eso nadie tiene idea del significado de esas 120 mujeres que están ahí de pie.

-¿Y qué significan, abuelita? - exclamé.

-Los grandes problemas de América Latina en la época, por allá en el 48. Los mismos de ahora, paradójicamente. A veces parece que el tiempo se hubiese detenido y no hubiéramos avanzado ni un poquito. Justicia, educación, pobreza, desigualdad, desarrollo, ciencia y otros tantos que eran parte de las preocupaciones de los Estados Americanos. Lo bonito es que desde ahí uno puede mirar hacia los cuatro puntos cardinales de Bogotá, es como si fuera una brújula - respondió ella.

Había llegado el momento de bajarnos del bus. La abuela ya estaba muy cansada y al llegar a casa se durmió casi de inmediato. Sabíamos que vendrían días difíciles y agitados en los que la fuerza, la unión y la memoria serían nuestros principales aliados. No nos detendríamos hasta encontrar el tesoro y saber qué secretos tendría guardados consigo. Mi escritor favorito decía que la supervivencia de nuestros tiempos es la huida. Y aunque siempre le he hallado sentido a esa frase, no estaba



dispuesta a huir de este momento, aunque enfrentarlo me costara la vida misma.

Antes de acostarme subí a la terraza. Desde allí, observé el cielo estrellado que no se había dejado opacar por los millones de luces que alumbraban la ciudad y que nunca se apagan. A veces parecía que el único lugar libre era el cielo. Las estrellas me recordaban nuestra conexión con otros tiempos y las huellas de viejas luchas que hoy sobreviven a pesar de las inundaciones, la construcción desmedida y devastadora, los caminos de asfalto que han reemplazado a los ríos y el caos citadino que a veces parece cegarnos ante la existencia de una memoria compartida, no sólo con otras personas con quienes habitamos este espacio, sino con otras formas de vida que también hacen parte de esta gigantesca urbe.

Bajé a mi habitación y extendí los mapas, queriendo descifrarlos. Eran enormes y estaban ilustrados en tinta negra corrida por el paso del tiempo. La imagen de los cerros aparecía imponente hacia el oriente del mapa, y de ellos descolgaban incontables hilos de agua que con el tiempo quedaron olvidados ¡La red de ríos y quebradas de esta ciudad es gigantesca y no lo sabemos! Es como si la historia de Bogotá se hubiera tragado la memoria del agua. En ciertos lugares del mapa, paralelos a los cerros, había grandes círculos interconectados entre ellos. Imaginé que se trataba de los humedales, que antes lucían como lagunas y hoy parecen más unos charcos,



como algunos los llaman con desidia.

Me fijé que en esos puntos y en sus afluentes cercanos había unas equis unidas entre ellas con líneas punteadas, sobre las cuales había unos dibujos de lo que parecían ser unas aves pequeñas que no logré identificar. Supuse que hacía referencia al tesoro, pero me fue imposible entenderlos. Así que me resigné y me acosté a dormir. Cuando estaba conciliando el sueño tuve una visión. Fue como si entrara súbitamente a un santuario solo imaginable en otra época. Había mucha vegetación alrededor, delineando un pasaje impecable y colorido por las aves y las flores de los arbustos. Simultáneamente, lograba deslizarme por el espejo de agua junto a las lenguas de picos rojos y los patos que nadaban libremente. Al fondo estaba un nogal de una altura inusual. “El hombre de pie” me susurró una voz femenina que nunca había escuchado. Identifiqué los cantos de algunas torcazas y toches que andaban por ahí. Fue como si mi visión lo inundara todo y el agua me hablara. A lo lejos, logré divisar unos muros de concreto que parecieron contrastar abruptamente con ese paisaje escondido. Cerré los ojos y los volví a abrir para aclarar la mirada pero me encontraba de vuelta en mi habitación.

Recordé lo que la abuela me había dicho en la tarde: “Cuando alguien regresa en el tiempo y vuelve a vivir lo vivido, adquiere un poder que sólo tiene el agua. Moverse entre el pasado, el presente y el futuro”. ¿Y si lo que acababa de ver era un lugar en medio de la urbe? ¿Podría

hallarse allí el tesoro? Pensé. ¿Existiría el santuario, o sólo era el registro de una época que había dejado de ser? Aquellas preguntas me desvelaron la noche entera y no logré conciliar el sueño por más de un rato.

A la mañana siguiente, me bañé de prisa para dirigirme hacia Suba. Hablé con mi abuela al salir y me dio las indicaciones para encontrarme con Los Caminantes en el paradero más cercano. En el camino, recordé sus palabras sobre aquella mujer que lideraba el grupo, quien me causaba mucha curiosidad. “Le llaman La Baronesa. Es una mujer de ojos dulces y paso firme”, “es una joven con un conocimiento ancestral envidiable” me dijo entre suspiros.



Tal como me advirtió, aquella mujer estaba en el paradero a penas llegué. Ella y seis personas más. Hombres y mujeres jóvenes y adultos, con una energía imponente parados en frente mío y mirándome fijamente a los ojos. Perfectamente ubicados para que su sombra reflejara la forma de lo que parecía ser un árbol sobre el asfalto. Parecía una escena mítica.

-¿Sie? ¿Eres tú? - pronunció ella con una voz grave, sacándome del asombro. Era una mujer de estatura promedio, pelo lacio, ojos grandes de color marrón y piel clara. Vestía ropa deportiva y llevaba un palo colgando en su morral, tal como advirtió mi abuela. Luego me di cuenta de que en realidad era un bastón para caminar en la montaña.

-Si. Tú eres Lina ¿Cierto? - exclamé sonriente.

-Así es. Qué gusto conocerte, tienes la misma mirada de Horacia. Ellos son mis compañeros. Antonio, Juan, Héctor, Liliana, Gina y Daniel-dijo volteando la mirada hacia quienes estaban con ella, presentándolos.- Iremos todos juntos-

-Encantada de conocerlos. Gladys me habló un poco de ustedes y siendo sincera, me producía intriga conocerlos. Tan pronto habló de Los Caminantes pensé en una leyenda - dije entre risas, sonrojándome.

-Cualquier persona que busque recuperar la memoria perdida en este país debería ser leyenda - dijo Héctor sonriendo. Un hombre adulto y de figura robusta que llevaba consigo una ruana blanca y un sombrero color café que llamó mi atención. Tuve la intuición de que era indígena, y luego lo confirmé hablando con él. Un hombre muisca de inteligencia y memoria entrañables.

-Así es. Al parecer sí somos leyenda, aunque no se hable tanto de lo que hacemos como quisiéramos. Por eso nos unimos viejos y jóvenes, para ver si nos escuchan- dijo entre risas Liliana. Una mujer sencilla y de una energía fresca y juvenil. Los accesorios que colgaban de su cuello y su mochila me llamaron la atención, recordándome la imagen de Blanca Nieves que tenía del día anterior.

-Hablarán más de lo que hacemos cuando despierten. Por ahora siguen muy dormidos - replicó Héctor con ironía.

Mientras íbamos de camino en el bus, me sentí como en una historia de ficción rodeada de personajes tan asombrosos que a penas me lo creía. Recordé a mi abuela quejándose de que la gente había dejado de creer en la magia y me reí ¡Con razón! ¡Si las luchas de estos hombres y mujeres jamás habrían logrado prosperar sin magia, persistencia e imaginación! Eso era lo que los hacía leyenda. Líderes y lideresas de procesos comunitarios que pusieron su fe en la defensa del territorio en tiempos en los que nadie le apuesta al cambio.

-¿Por qué les llaman Los Caminantes? - pregunté intrigada.

-¡Uy, esa es una historia muy larga! - exclamó Juan sorprendido por mi pregunta. Un joven más o menos de mi edad, a juzgar por su apariencia. Llevaba una gorra, un pantalón de sudadera y un morral colegial a la espalda.

- Pero se resume en que un par de amigos del colegio y yo nos dimos cuenta de que la historia de Bogotá era muy parecida a la historia del agua. Igual de invisible y olvidada, a pesar de su importancia. Empezamos a pensar en formas de contar esas memorias y crear conciencia, sobre todo a los más cercanos: los del colegio, la familia, los profesores y toda la comunidad. Luego conocimos a Lina y a Liliana y ellas nos llevaron la idea. Fue así como decidimos unirnos y empezar a caminar la sabana y los Cerros. Por eso nos llaman Los Caminantes - dijo entusiasmado.

-Bogotá tiene muchas maravillas, y la mayoría de ellas están escondidas. Pero cuando uno la conoce es que se enamora de ella y ahí es que empieza a cuidarla. Porque no se ama lo que no se cuida ¡Como ocurre con las parejas! - comentó Gina, una joven con una sonrisa llena de vitalidad y belleza- además, en esta ciudad lo que hay es autogestión y creatividad, sobre todo lo de los jóvenes, que es lo más bonito - agregó.

-¡Wow! ¿Por qué no los conocí antes? Me encantaría hacer parte del grupo- comentó.

-¡Claro! ¡Bienvenida desde ya! -dijo Lina con entusiasmo.-Lo que le hace falta a esta causa son jóvenes. Yo no digo que vayamos a cambiar el mundo de un momento a otro, pero sí empezar a cultivar hábitos y cambiar la forma en la que vemos las cosas desde nuestra casa, nuestra familia, los vecinos y los amigos.-

En ese momento, uno de Los Caminantes interrumpió la conversación para mostrarnos algo del camino.



- ¡La Plaza! - dijo señalando por la ventana.-¡Es una de las plazas fundacionales más bonitas que he visto en la ciudad! - exclamó Don Antonio, un hombre alto y fornido. Con inmensa ternura en sus ojos y suavidad en sus manos. Tal vez tendría la edad de mi papá. Su mirada me lo recordó de inmediato.

En ese momento, volteé la mirada hacia la iglesia que estaba a la izquierda y divisé un lugar de arquitectura colonial muy bonito.

-Los días de mercado tenían lugar aquí todos los domingos. Ahí era donde la gente venía a truequear y a vender las cositas que traía de sus fincas, pues en ese tiempo Suba era rural. La época de cosecha era muy importante para el trueque. Había una fiesta Muisca a la que le cambiaron el nombre y le pusieron el San Pedro. Se celebraba el tiempo de cosechaba y se hacía un gran piquete en el que todas las familias traían algo para compartir- dijo Héctor.

-Es cierto, lo recuerdo. Las mujeres traían muchas plantas medicinales y las truequeaban por leche o maíz, si no tenían. Eso le decían a usted para qué servía cada hierba y cómo prepararla- añadió Liliana.

Pensé en *Corabastos*, la plaza de mercado más grande del país. Tal vez porque recordé a las mujeres a las que la abuela les compraba las hierbas aromáticas y medicinales. Recordé el olor de esa plaza y me saboreé sus pasillos llenos de colores y fragancias frutales inconfundibles. No me cabía duda de que las plazas de mercado eran siempre escenarios donde el saber popular se desplegaba de manera mágica entre vendedores y compradores, que se convertían casi en cómplices al momento de la compra. Nada parecido a los centros comerciales, sin duda.

-Esto aquí era como el campo - dijo don Antonio. -Las familias tenían sus huertas en el solar de las casas y todo alrededor era bien verde. Eso era bien bonito. Por aquí cerca se cultivaban fresas, verduras, cebada y maíz. Se ordeñaban vacas para truequear la leche los fines de semana en el mercado. La vida era muy sencilla, la verdad. Y muy alegre también, la comida no faltaba y no había el estrés y la inseguridad

que ahora opacan la ciudad. ¡Ay, tiempos aquellos! Lo que ahora son barrios, antes eran veredas campesinas en donde la gente producía su propia comida. Ahora eso es como una utopía. ¡Ya nadie quiere cultivar! Y tampoco hay en dónde - dijo desalentado.

-¡Claro que hay dónde! - dijo Daniel con entusiasmo. Otro de los chicos más jóvenes del grupo. -Lo que pasa es que a la gente le faltan ganas e imaginación. Con mi familia y amigos tenemos unas huertas verticales lo más de bonitas que estamos enseñándole a construir a la gente- comentó.

-¡Increíble! Tendré que hacer una en mi casa - dije emocionada.

-Es cierto. ¡Pero es que los tiempos han cambiado tanto! - apuntó don Antonio soltando un suspiro. -Todo el mundo se conocía en Suba. El recuerdo de la suba rural se me viene a la mente y me produce mucha nostalgia. Tantos potreros a los que íbamos a jugar o a hacer paseos de olla en familia. Hasta que llegó el estallido, por allá en los años 50. Mucha gente se vino para acá de otros lados como Boyacá, en donde La Violencia pegó duro. Esto empezó a crecer en un abrir y cerrar de ojos, y cuando nos dimos cuenta, ya no había



potreros a donde ir a jugar. Para donde mirábamos había construcciones. Ya ni siquiera era fácil ver los Cerros desde acá. Yo trabajaba en una ladrillera desde muy joven. Cuando llegaron los hombres de piedra, se convirtieron en una gran fuente de empleo. Hubo un par por El Rincón y otra en El Salitre. En el año 75, más o menos, les tocó cerrar por tanta humareda y se fueron a Zipaquirá - contó.

-Los grandes conjuntos empezaron a aparecer por allá en los 80. Y con los edificios, fue como si nos hubiésemos vuelto desconocidos. Encontrarse con el otro se volvió mucho más difícil con el cemento, y eso que estábamos bien juntitos. Pero ya ni nos saludábamos. Los niños dejaron de ir a jugar a los potreros, porque claro, ya ni había. En vez de eso nos encerramos en centros comerciales disque a compartir en familia-comentó Liliana con tristeza en su voz.

-Nos encerramos y dejamos de dialogar entre nosotros, eso fue lo que les pasó a nuestras generaciones. Nuestros padres y abuelos fueron quienes alcanzaron a disfrutar de la otra Bogotá, pero sus recuerdos se fueron perdiendo en el tiempo - dijo Lina con nostalgia en su voz.

En ese momento, hubo un silencio sepulcral que duró el resto del camino, pues todos estábamos sumidos en la nostalgia de esos viejos tiempos. Al cabo de un rato, Liliana se puso de pie y dijo enérgicamente:

-¡Llegamos! Este santuario es el Humedal de *La Conejera*, que en muisca recibe el nombre de *Huzhe Tibacuy*; significa criadero de curies. El más conservado de Bogotá gracias a todas las manos que hemos trabajado para mantenerlo vivo. La memoria ancestral, el arraigo y el amor a todas las especies que lo habitan, han impulsado la defensa de este territorio. Hay que reconocer que no todo ha sido destrucción - expresó alegremente.

Bajamos del bus y la vimos. Estaba en la entrada esperándonos con una sonrisa.

- **Bienvenidas y bienvenidos**- dijo Blanca Nieves con una voz delicada y ceremoniosa.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, ella fijó sus ojos en mí de la misma manera en que lo había hecho cuando los cerros se estaban derrumbando. En ese instante, una extraña sensación se apoderó de mi cuerpo, como si hubiese caído en un trance profundo mientras ella me observaba. Recuerdos que no eran míos se vinieron a mi mente en forma de imágenes de muchos tiempos que ni siquiera había vivido. Vi enormes lagunas, disputas, destierros, epidemias, largos caminos recorridos por mujeres con enormes vasijas de barro al hombro, tuberías y vías larguísimas, huecos profundos cavados por máquinas, humaredas de polvo, bandadas de aves en pleno vuelo, lluvias torrenciales y sequías. Todo en menos de un minuto, hasta que ella puso su mano en mi hombro.

-**Has vuelto, Sie**- dijo serena.

Yo la miré atónita y sólo pude saludarla tartamudeando su nombre, mientras ella me invitaba a seguir con calma, rodeándome con sus brazos por la espalda y abrazándome mientras caminábamos.

Un túnel místico de árboles gigantes a la orilla del agua cristalina en plena capital se alzaba ante nuestros ojos. Por un momento sentí que entraba a una dimensión desconocida. Un ambiente húmedo y fresco se sentía en el aire. Bosques acuáticos formados por juncos, buchones cucharita, botoncillos amarillos y blancas margaritas de pantano rodeados por cerezos, encenillos, saúces, sangregados y alisos formaban el paisaje. Parecía un bosque salido de cuentos de hadas en el que moraban curies,

comadreas, ardillas y cientos de especies de aves endémicas de los humedales de la sabana como tinguas de pico verde y rojo, cucaracheros, garzas doradas y torcazas.

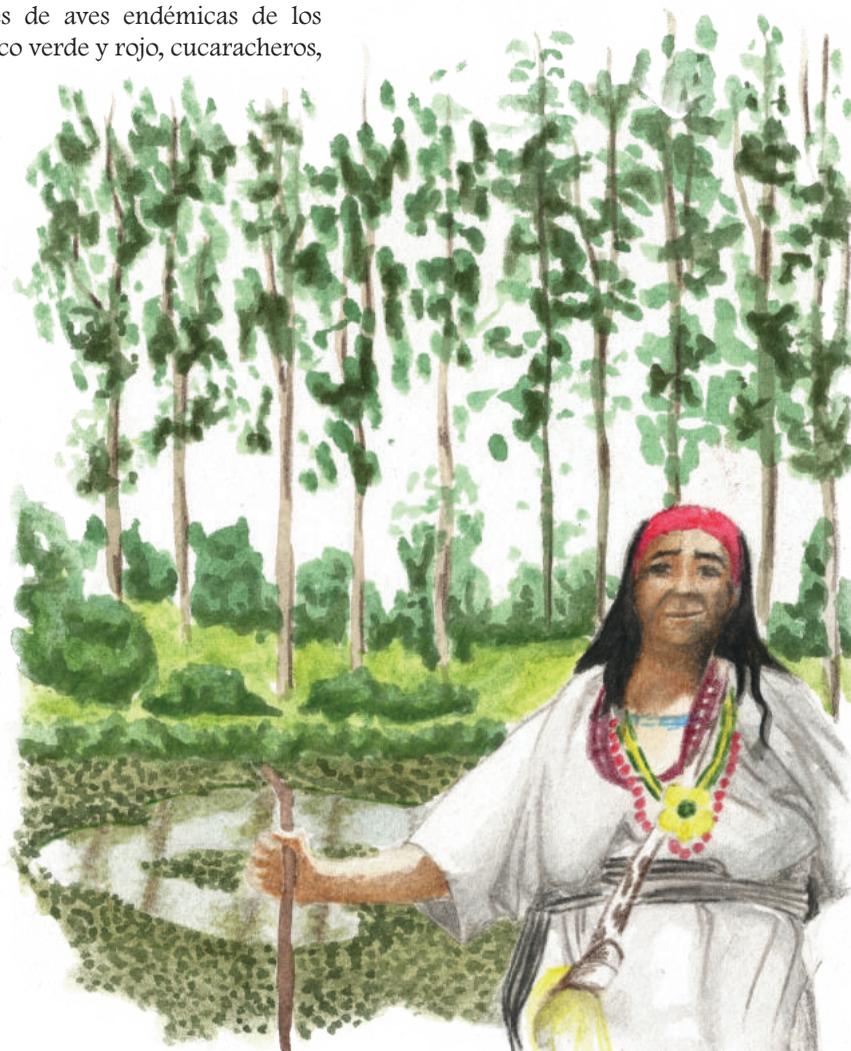
-¿Cómo es posible que un lugar como estos exista en Bogotá? - dije asombrada.

-La Conejera es el resultado de la unión de la comunidad para evitar que los escombros de las construcciones lo tapan por completo y se convirtiera en recuerdo - dijo Liliana con orgullo.-Han sido muchas décadas de trabajo, cuyos resultados vemos ahora en este precioso santuario.-

El recorrido continuó hacia el principal afluente del humedal: la Quebrada Salitrosa, que nace cristalina en los Cerros de Suba y se convierte en un hilito de agua que ha sufrido los estragos de la contaminación que hoy la tienen sucia y agonizante. Estando allí, hicimos una pausa en el camino que Blanca Nieves decidió aprovechar

-¿Han venido para evitar el derrumbe, no es cierto?-preguntó ella dirigiendo la mirada a todos los presentes.

-Así es, Abuela - dijo Lina con seriedad.



-Permítanme contarles una historia -comentó con serenidad. - Bogotá fue construida sobre una bella y hermosa laguna, llamada Bacatá, que fue desapareciendo con el tiempo y dando origen a pueblos diversos que habitaron la sabana tras su secamiento progresivo. En ese tiempo, hilos de plata descendían por los cerros desde los páramos, formando las quebradas que nutrían la basta sabana. Cuando la ciudad comenzó a crecer, el agua empezó a esconderse y a agonizar. ¡Ay agüita! ¡Ojalá algún día nos perdonen! -dijo Blanca Nieves lamentándose.

Nosotros somos los Hijos del Agua, nacidos de Iguaque y oriundos de Tibabuyes que significa Tierra de Labrador. Hoy, estamos en el útero de la tierra. Así le llamamos a los Muisca a los humedales. Hasta aquí venían nuestras ancestras a dar a luz a sus hijos. En los humedales, también se realizaban ofrendas para el cuidado de la tierra, para que nuestros cultivos fueran prósperos y el equilibrio entre los humanos y la naturaleza se mantuviera. Tal vez por eso estas tierras son tan fértiles.

Desde entonces, nosotros los Muisca hemos sido los guardianes de esta hermosa tierra; la tierra del maíz. Cuando llegaron los españoles y decidieron acabar nuestra cultura, callando nuestra memoria y derribando nuestros cusmuyes, ese equilibrio empezó a romperse. Logramos resistir por un tiempo hasta que casi nos exterminan, y entonces, ya no hubo quién cuidara el agua. Años después, unos ancestros que también eran hombres de ciencia mapearon el agua de la ciudad, guardando en los planos un secreto que sólo los Muisca

conocíamos. La existencia de un tesoro de oro al que muchos llamaron “*Tunjos*”, que eran ofrendas que nuestros antepasados ofrecían al agua. Ese tunjo no era como los otros, pues desde su fabricación había estado concebido con un sortilegio especial que lo ataría a la vida del agua por siempre. De manera que, si era encontrado por manos ambiciosas con intenciones oscuras, el tunjo ocasionaría la gran catástrofe para proteger el agua y reprender al responsable. Así que el derrumbe de los Cerros fue causado por él, defendiéndose de los malhechores que querían robarlo y secar el agua que queda en la ciudad- expresó.

Escuchar a Blanca Nieves parecía un sueño por instantes. En él, su voz era la voz de pueblos originarios que habían comprendido lo que era ser anfibios: vivir con el agua, cuidarla y evolucionar junto a ella. Algo que casi ningún bogotano entendía, aún viviendo rodeados de agua.

-¿Tienes los mapas contigo? - preguntó ella sacándome de mis pensamientos. ¿Cómo era posible que lo supiera?

-Si, Abuela. Aquí los traigo - respondí mientras los sacaba cuidadosamente de mi mochila y se los entregaba.



Ella los extendió y los miró detenidamente. Cerró los ojos y los recorrió con las palmas de sus manos, deteniéndose justo en el punto del mapa en donde estaban dibujados los pájaros que yo había tratado de identificar la noche anterior. Abrió los ojos y sacó de su mochila lo que parecía ser un objeto de arcilla con forma de ave. Se lo llevó a los labios, soplando por una hendidura

que había en uno de sus extremos y el objeto emitió un sonido que imitaba a un ave a la perfección. El silbido duró un par de segundos, hasta que la abuela se detuvo y dijo:

-El santuario en el que se escucha el murmullo de los pájaros a pesar del cemento que lo rodea, será la morada del Tunjo. Su vuelo noble guiará el camino y revelará en su canto el secreto del agua que el tesoro guarda consigo. Eso han de hacer, tú y Los Caminantes. Yo los acompañaré desde aquí -

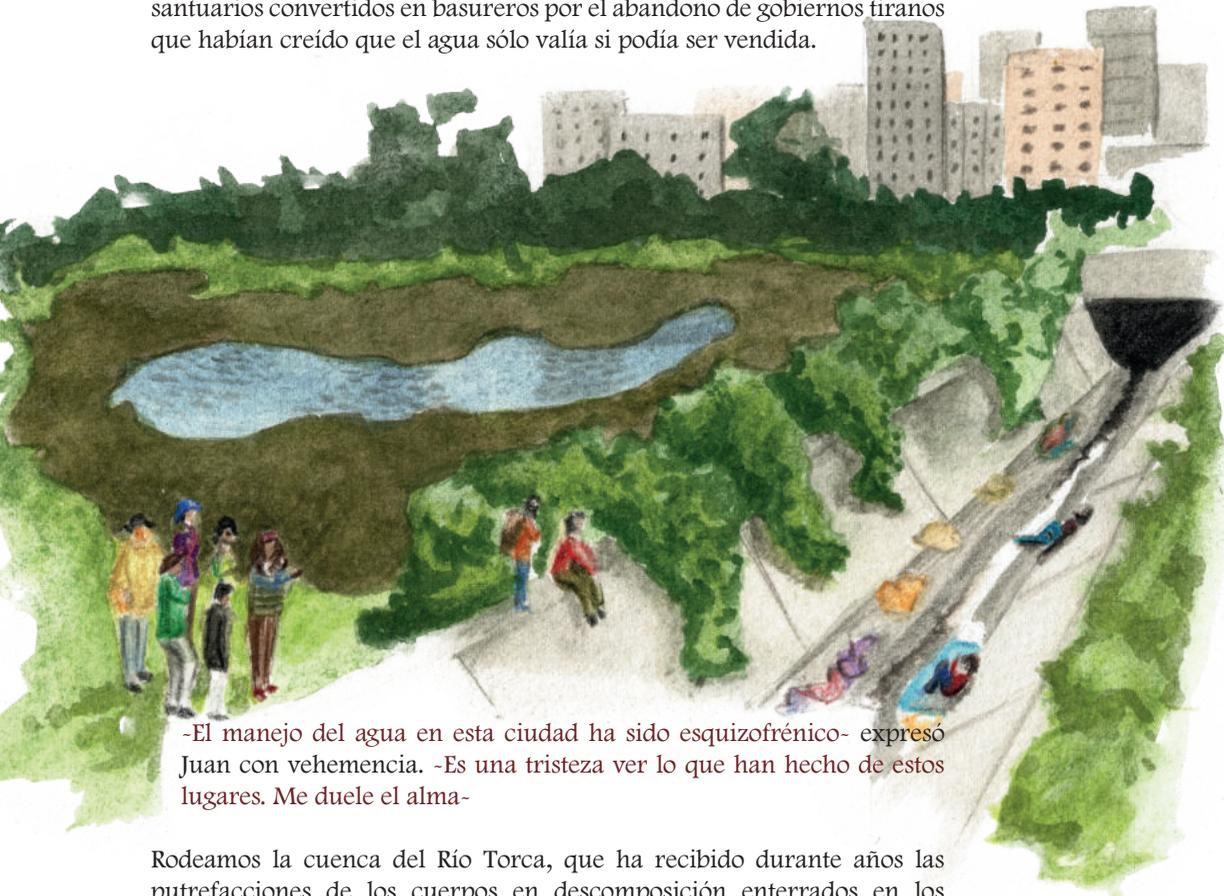
-¿Cómo sabremos que el tesoro está en ese lugar? - preguntó Lina angustiada.

-Él se revelará ante ustedes con un silbido similar al que acaban de escuchar. Después, todo quedará en silencio. El resto dependerá de su intuición. Afortunadamente no contamos con aquellas máquinas que van destruyéndolo todo a su paso con tal de encontrar el tesoro. Lo nuestro es más de conexión con la vida que está en el lugar - dijo ella apaciguando la angustia de quienes estábamos allí.

-Estén tranquilos, yo estaré pendiente de ustedes. No hay tiempo que perder, váyanse ahora - dijo con una enorme sonrisa mientras alzaba los brazos en dirección al agua, como quien hace una venia.

Pasamos los días recorriendo la ciudad en busca del tesoro. El mapa no nos decía exactamente el lugar en el que se hallaba aquel tunjo, pues de ese modo cualquiera con él habría podido encontrarlo fácilmente. Seguimos la pista de Blanca Nieves y procuramos visitar casi todos los afluentes de agua que tenía la ciudad, procurando seguir el cántico de las aves cercanas a ellos. Cuencas de ríos olvidados por el hedor que sus aguas desprendían, humedales desiertos con basuras flotantes en lo

que antes solían ser espejos de agua, quebradas convertidas en caños habitados por almas solitarias que armaban cambuche en sus bordes, santuarios convertidos en basureros por el abandono de gobiernos tiranos que habían creído que el agua sólo valía si podía ser vendida.



-El manejo del agua en esta ciudad ha sido esquizofrénico- expresó Juan con vehemencia. -Es una tristeza ver lo que han hecho de estos lugares. Me duele el alma-

Rodeamos la cuenca del Río Torca, que ha recibido durante años las putrefacciones de los cuerpos en descomposición enterrados en los

cementerios; también la del Río Juan Amarillo, a donde han ido a parar las aguas negras de millones de bogotanos; la del *Río Fucha*, víctima de la contaminación química de la zona industrial de *Kennedy*, *Fontibón* y *Puente Aranda*; y finalmente, la cuenca del *Río Tunjuelo*, a donde han ido a parar las aguas negras de todo el sur de la ciudad, los residuos químicos de la minería de arena y arcilla que le saca la piedra a las montañas desde hace años y los lixiviados que produce *Doña Juana*. Recorrimos algunos de los humedales que tenían dibujadas las equis en el mapa: *El Burro* y el *Humedal Techo* en *Kennedy*, y el *Tibabuyes* o *Juan Amarillo* en Suba, pero en ninguno encontramos si quiera un indicio de algún tesoro.

Faltaban dos días para el derrumbe y sólo quedaba un lugar en la ciudad con agua viva para visitar: *La Vaca*. El único humedal de *Kennedy* al que no habíamos ido por el peligro que lo circundaba. Nos desplazamos hasta *El Amparo*, un antiguo barrio en la localidad de *Kennedy* cuyo nombre no le hacía ningún honor a la situación en la que la gente vivía allí. Casas a medio hacer, calles sin pavimentar llenas de huecos y caminos rocosos que conducían a una vía cerrada en donde estaba la entrada al único recinto con verde vivo a kilómetros a la redonda.

-Hemos llegado- anunció la baronesa con ánimo.

Se asomó una mujer de estatura promedio, tez blanca, ojos pequeños y achinados, cabello negro y ondulado a recibirnos. Llevaba un pantalón ancho, una blusa holgada y un chaleco color café. Botas pantaneras y una gorra deportiva, pues hacía un clima soleado.

-Buenos días, mis queridos Caminantes ¡Qué bello es tenerlos por aquí! Por estos días nadie ha logrado venir a visitarnos, ¡Vaya angustia! - dijo entusiasmada doña Dora, la guardiana de *La Vaca*.

Al entrar, quedé anonadada. Era el mismo lugar de mi visión. Un camino de agua y tierra limpia y bien cuidada, rodeada de vegetación nativa que se alzaba a un par de cuadras de la central de Corabastos, dándole la espalda al cemento. No podía creerlo. ¿Qué significaba aquella coincidencia?

-Venimos buscando un tesoro, doña Dora- le dijo Antonio a la mujer, que apenas se enteraba de toda la historia que nos había llevado hasta *La Vaca*. Después de escuchar lo ocurrido, se mostró sorprendida y preocupada a la vez. Pues no sabía cómo ayudarnos.

-El único tesoro que yo conozco en *La Vaca*, son las mujeres y los jóvenes que lo hemos sacado adelante, que valemos oro. ¡Y no es por presumir! - dijo con modestia -Hablo en serio. *La Vaca* ha sido un humedal con alma de mujer. En 2008 el periódico rezaba “*Kennedy tiene sus 12 apóstoles*”, pues éramos 12 mujeres las que habíamos emprendido una labor de gigantes. Primero, recuperar a *La Vaca* del basurero que lo había cubierto durante décadas y lo tenía agonizando; segundo, sensibilizar a la gente del *Amparo*, sobre todo a los niños, de lo que significa un humedal y hacer que se interesaran por conocerlo y cuidarlo como guardianes; tercero, hacer de este lugar un ejemplo para otros procesos de recuperación de la memoria del agua; y cuarto, mejorar la calidad de vida de la gente de los barrios aledaños al humedal, generando opciones de trabajo en nuestro pequeño recinto. Mejor dicho, *La Vaca* fue y sigue siendo un santuario para luchar por el derecho a la ciudad que nos han negado durante décadas a los habitantes del *Amparo*, quienes llegamos inocentes a comprar lotes piratas por aquí, sin saber que estaban en la zona de un humedal -relató doña Dora.

-En definitiva, sin esas mujeres que nos pusimos a pelear por esto y esos jóvenes y niños que hoy son guardianes de *La Vaca* y se encargan de mostrar nuestro proceso y hacerlo un ejemplo de vida, nada de esto

sería posible. Ese es el mejor tesoro. Ver todo esto, respirar y sonreír tranquilos en medio de todo este cemento- dijo mientras señalaba con orgullo el paisaje a sus espaldas.

-Doña Dora, permítame hacerle una pregunta. ¿Hay en este humedal rastros Muiscas que usted conozca? -cuestioné esperanzada, pues tenía una fuerte intuición que me decía que el Tunjo estaría allí.

-¡Claro, miya! ¿Si ve ese árbol enorme que está allá al final del camino? Cuando los aborígenes iban a confesar algo, se dirigían a un árbol al que le llamaban “El hombre de pie” que era el árbol nogal, nativo de estas tierras. Nuestros cerros estaban cubiertos de esos árboles antes de la llegada de los españoles, quienes usaron su cuerpo para construir objetos de madera. El nogal era una especie sagrada para los muiscas. “El hombre de pie” fue la riqueza de los cerros y se convirtió en la materia prima de los colonos- dijo doña Dora -Ahora, es ese mismo árbol el que vigila y cuida *La Vaca*, uno de los pocos humedales que se ha recuperado de la desidia y el olvido total. ¿No les parece poética esa relación?-añadió con una sonrisa en el rostro-

En ese instante recordé que en la visión que había tenido la noche en la que todo esto comenzó, una voz femenina había pronunciado el nombre del árbol. “El hombre de pie” era la pista que nos faltaba. No podía creerlo ¡Estábamos allí!

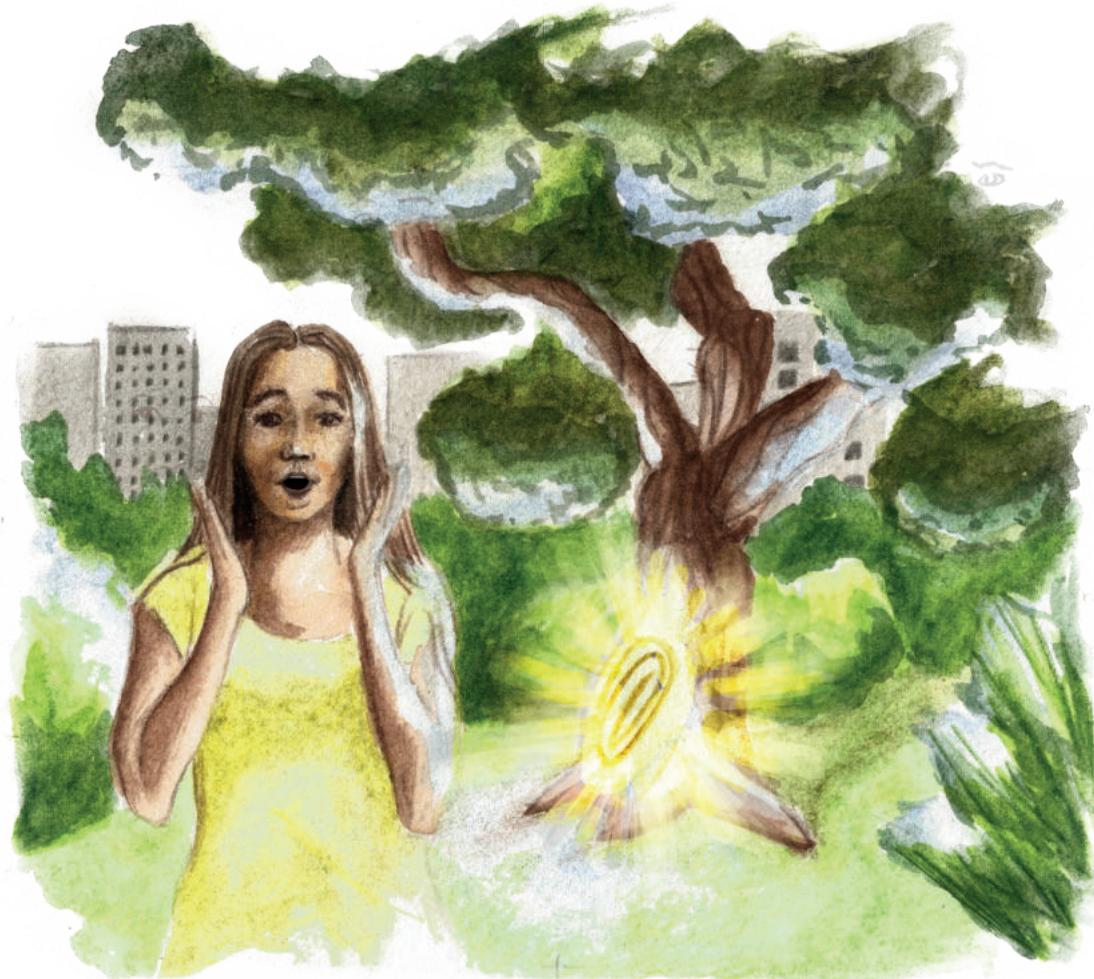
-¡Aquí es! ¡Aquí está el tunjo! -grité exaltada.

-¿Qué dices? ¿Estás segura, Sie?-dijo Lina angustiada.

-Si. Absolutamente segura- respondí confiada.-Este es el santuario que mencionó Blanca Nieves -

En ese momento, un ave cantó tan fuerte que silenció todos los sonidos kilómetros a la redonda. Una enorme ráfaga de viento revolvió las aguas de La Vaca y un brillo dorado nos cegó a todos por unos instantes, hasta que el tunjo quedó descubierto ante nuestros ojos. Por fin estábamos allí, frente a un tesoro que creíamos perdido. Tras comprender la magnitud de lo ocurrido, mis ojos se hicieron agua y mi cuerpo se sentía más liviano que nunca. Ahora sabíamos que el derrumbe no ocurriría y tendríamos una segunda oportunidad.

La magia de la que hablaba Horacia se había hecho realidad. Gladys, Blanca Nieves y Dora estaban conectadas entre ellas tal como lo estaban Los Caminantes que habían recorrido junto a mí esta ciudad, creando redes y amistades. Los lugares que custodiaban y defendían hoy significaban más que nunca santuarios con memorias de la vieja *Bacatá*. La aniquilación de lugares como *Fátima*, *La Conejera*, *La Vaca* y otros cientos de santuarios bogotanos en donde aún brotaba



el agua y la vida, representaba el riesgo de un fin inminente para toda la ciudad, que tercamente se había negado a entender hasta ahora la importancia de la naturaleza para seguir creciendo.

Lugares custodiados por hombres y mujeres que me habían enseñado durante la búsqueda del tesoro acerca del poder que éste escondía: el poder cíclico del agua. Consistía en comprender la relación orgánica y natural entre el pasado, el presente y el futuro; relación que hasta ahora había sido ocultada por la fiebre del “progreso” ¡Como si por ver hacia el futuro el pasado dejara de importar! Consistía en comprender que el agua conecta la vida en todas sus formas, y que cada una de ellas es interdependiente y necesaria para el equilibrio; en aprender que hacemos parte de un ciclo que hemos ignorado y destruido durante décadas, creyendo que somos invencibles.

Detener el derrumbe descubriendo aquel tesoro y su poder oculto, nos enseñaba que los hombres de piedra y los gobiernos que han hecho

las leyes para su beneficio son sólo un peldaño de la historia que está ahora en nuestras manos, y nunca más en las suyas. Nos enseñaba que el tiempo funciona en espiral, y por eso el pasado, el presente y el futuro están interconectados a través de sucesos que nos marcan la vida y se convierten parte de un tejido que se construye a varias manos a medida que hacemos memoria juntos y somos capaces de entender que nuestra vida no es posible si no co-evolucionamos y co-existimos junto al agua y la montaña.

Haber detenido el derrumbe nos convertía a todos en Caminantes, pues no había otra forma de transformar esta ciudad sino caminándola en la palabra y con los pies listos para el cansancio. Esa será, sin duda, la mejor forma de reinventar esta juventud que ahora recibía en sus manos santuarios amenazados, convirtiéndonos en los nuevos guardianes de un territorio que por ahora no tiene futuro, pues será construido por nuestras manos.



El Tesoro después del Agua

1. ¿Cuál es el rol de los jóvenes en la historia? ¿Por qué son importantes?
2. ¿Qué es ficción y qué es realidad en esta historia? ¿Qué te gustaría que fuera ficción y qué realidad?
3. ¿Quién aparece en todas las historias? ¿Qué representa?
4. ¿Cómo se relaciona el final de esta historia con el presente de tu territorio?
5. ¿Cómo continuarías esta historia con tus amigos en tu territorio?
6. ¿Para ti que significa el tesoro que buscan Sie y los caminantes?
7. ¿Qué nos sugiere la historia del derrumbe de la montaña en relación a la memoria de la ciudad?

Agradecemos a todos los y las estudiantes de los Colegios Santa Luisa y Mayor de San Bartolomé y la Institución Educativa Fe y Alegría José María Velaz, así como a los y las docentes, líderes, líderesas, padres y madres de familia de las comunidades que hicieron posible la reconstrucción de la memoria ambiental de sus territorios, por compartir sus voces, sentimientos y recuerdos. A las y los defensores de los cuerpos de agua y los territorios que inspiraron esta historia. A la Fundación Banco de Semillas, Secretaría Distrital de Ambiente y el Colectivo Timiza en Kennedy, a la Fundación Cerros y la JAC de La Candelaria, al Cabildo Muisca de Suba, a la Red Conejera en Suba, al Colectivo Sembradores Van Der Hammen, al Colectivo Suba Nativa y al Centro de Educación Popular Chipacuy en Suba. A Juanita Bedoya, asesora regional del Servicio Jesuita a Refugiados y Tatiana Marquez, coordinadora de la Red JRS Colegios, por el acompañamiento y lectura del cuento.



*Una apuesta de educación para la paz y la
reconciliación desde las nuevas generaciones.*